

EXPRESIVIDAD EMOCIONAL Y ESTEREOTIPOS DE GÉNERO

Autor/es

Psic. Celia Paladino; Lic. Damián Gorostiaga

Correo electrónico: cep@datafull.com.

Institución que acredita y/o financia la investigación

Universidad Nacional de La Plata, Proyecto de Investigación acreditado H 379-2004. Cátedras Psicología Evolutiva y Psicología General, Departamento de Ciencias de la Educación. F.H.C.E.

RESÚMEN

Nos proponemos analizar las investigaciones más recientes sobre la expresividad emocional y estereotipos femeninos y masculinos de género. En el estudio de la literatura se observa que algunos teóricos de la temática sostienen que existen fuertes contrastes entre el mundo emocional y social de los hombres y de las mujeres en tanto que otros consideran que hay semejanza en la expresividad emocional y que las diferencias son producto de las representaciones sociales que se expresan a través de los “discursos” que son parte de las narrativas culturales que definen quiénes somos. Ambas posiciones tienen función regulatoria no sólo en el desarrollo subjetivo sino también en el espacio social y político que ocupan hombres y mujeres.

Palabras clave: Expresividad emocional-Diferencias de género-Teoría Crítica

ABSTRACT

The goal of the study is to analyze recent researches about emotional expressivity about male and women gender's stereotypes. Two approaches are identified in the current research literature: one support strong differences between men and women, and the other consider social representations and “discourses” as the origin of the differences on emotional expressivity. Discourses as a part of cultural narratives define who we are. Both point of view regulate self development, social and politic women and men's sphere

Key words: Gender differences -Emotional expressivity- Critical Theory.

1-PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Cuado hablamos de los estereotipos de género nos referimos al conjunto de creencias sobre las características de todas las personas que integra un grupo determinado. Así los estereotipos de género sobre la expresividad emocional son el conjunto de creencias y representaciones acerca de cómo se espera que actúen hombres y mujeres.

La Psicología del desarrollo ha estudiado que desde la infancia a los varones y a las mujeres se les enseñan lecciones muy distintas acerca de cómo expresar las emociones.

Estudios realizados sobre el comportamiento adulto en situaciones de crianza registra que en ocasiones de juego las madres muestran una gama de emociones más amplia con las mujeres que con los varones. Asimismo cuando hablan con las hijas de sentimientos expresan más detalladamente el estado emocional mismo que cuando lo hacen con los hijos varones, aunque con ellos entran en más especificación acerca de las causas y las consecuencias de emociones tales como la ira o el enojo.

Estas diferencias femeninas y masculinas de género entre los padres se observan con más nitidez en las explicaciones sobre las causas de la experiencia emocional: en tanto madres y padres no difieren en la atribución emocional que una situación suscita, las madres se extienden en exponer las causas de la experiencia emocional en mayor medida que los padres. Esta diferencia sugiere que quizás las mismas estén especialmente preocupadas en ayudar a sus chicos a comprender y a enfrentar las emociones.

Por lo general la emocionalidad ha sido típicamente asociada a lo femenino estableciendo el supuesto representacional de que ellas son más emotivas que los hombres (Ashmore y Del Boca, 1979; Brody y Hall, 2000; Broverman, Vogel, Clarkson y Rosenkrantz, 1972; Fabes y Martin, 1991; Johnson y Shulman, 1988; Widigier y Settle, 1987, en Hutson-Comeaux, 2002). En particular las emociones de felicidad, tristeza y miedo son consideradas más femeninas mientras que el enojo es atribuido en mayor medida a los varones (Birnbaum, Nosanchuck y Croll, 1980; Briton y Hall, 1995; Fabes y Martin, 1991; Grossman y Wood, 1993; Kelly y Hutson-Comeaux, 1999).

Con respecto al enojo se asume que las mujeres encuentran más dificultad para expresarlo, en cambio se considera que para los varones es la emoción primaria con la que se sienten más cómodos, de hecho la mayoría de los estudios registra que los varones expresan conductas más agresivas que las mujeres (Buntaine y Costenbader, 1997; Tavis, 1989 Averill, 1983; Sharkin, 1993; Eagly y Steffen, 1986; Maccoby y Jacklin, 1980; Malatesta, Culver, Tesman, y Shepard, 1989).

En general la expectativa es que los hombres y las mujeres actúen emocionalmente de una determinada manera en distintas situaciones referidas a la vida pública y a la privada. A la mujer se le pide que exprese emociones positivas frente a situaciones sociales y a los hombres que lo hagan con más frecuencia en contextos personales. En consecuencia podemos decir que los estereotipos específicos de género sobre la emocionalidad tienen una relevancia decisiva en el tipo de emociones sentidas y expresadas en las interacciones orientadas tanto personal como socialmente.

Las emociones de miedo y de tristeza también están sujetas a estereotipos de género que indican, por ejemplo, que el temor no es una conducta apropiada para un varón (Fabes y Martin, 1991). Aún en situaciones dudosas los adultos tienden a atribuir esa emoción con más frecuencia a las niñas que a los niños. Es posible que los varones prefieran no expresar miedo ni hablar sobre ello ya que aprenden tempranamente que no es consistente con lo que se espera para el rol adscripto a su género (Condry y Condry, 1976). Sobre la emoción de tristeza el análisis de la literatura reporta que los hallazgos muestran compatibilidad entre sí en cuanto a que tanto las madres como los padres conversan sobre la tristeza más con las chicas que con los chicos. Además, los padres atribuyen más sufrimiento a las mujeres que a los varones a pesar que las chicas no

hablan sobre esa emoción más que ellos, lo cual indica que la diferencia no está determinada por diferencias infantiles de género (Adams et al., 1995; Fivush, 1989, 1991, Kuebli & Fivush, 1992).

Es posible que las chicas expresen la tristeza de forma no verbal más que los varones, y que esa sea la razón por la cual los padres lo hablen con más frecuencia. Es también factible que las niñas vivencien y expresen a diario más aflicción en la interacción que lo chicos de modo que los padres crean necesario referirse a ello. Cabe destacar que los escasos estudios hechos en la niñez media registran que cuando las mujeres narran sus experiencias pasadas refieren sentimientos de tristeza en contextos interpersonales en mayor medida que los varones (Buckner y Fivush, 1998; Stapley y Haviland, 1989).

Este tipo de representaciones que circulan culturalmente propicia que las chicas puedan creer que la tristeza es parte de su naturaleza femenina y aprendan a expresarla de modo más detallado que los varones. El resultado de las investigaciones acerca de que los padres hacen más referencias a esas emociones con las hijas que con los hijos tiene interesantes implicancias para el desarrollo de la comprensión de la propia experiencia emocional de los chicos. Unos y otros aprenden diferentes estrategias para enfrentar los sentimientos de tristeza a partir de los modos con que los padres se comporten y conversen sobre tales emociones y de las representaciones sociales al respecto (Fivush & Buckner, 2000; Belenky, Clinchy, Goldberger, y Tarule, 1986; Chodorow, 1978; Gilligan, 1982; Markus y Oyserman, 1989).

En la misma línea de pensamiento Chodorow (1984), desde una postura psicoanalista, analiza la construcción de los géneros en una sociedad en la que la crianza es asignada a las mujeres y por lo tanto son las madres, y no los padres, quienes tienen una relación más intensa con los chicos. Sostiene que desde las primeras etapas del desarrollo las madres tienden a experimentar a sus hijas como más semejantes a ellas, como una continuación de sí mismas; en consecuencia, las niñas al identificarse como mujeres, se perciben como similares a sus madres. De este modo las chicas adquieren una base para la empatía, para experimentar las necesidades y sentimientos de los otros como si fueran propios. Su aporte consiste en hipotetizar que las madres socializan a sus hijas hacia la conexión y dependencia; en tanto a los hijos varones los orientan hacia la separación y la autonomía.

Desde otro enfoque, los psicoanalistas feministas de orientación lacaniana critican la teoría de las relaciones de objeto de Chodorow y de Gilligan porque consideran que limita la categoría de género a la familia y a la experiencia hogareña dejando de lado otros sistemas sociales de economía, política o poder. Para ellos las categorías de hombre y mujer no son características inherentes a lo biológico ni a lo social sino construcciones subjetivas (Adams, Penley y Mitchell, 1990, en Lamas, 1995, 1998).

Un conjunto valioso de investigaciones comprueba que la variable de género es un tamiz decisivo a través del cual se construye la comprensión emocional y que los discursos sobre el género y la emocionalidad tienen una función regulatoria tanto a nivel público como privado. La mayoría coincide que es necesario alejarse de las concepciones fijas y permanentes de la oposición binaria para lograr una historicidad y una deconstrucción genuina de los términos de la diferencia sexual (Parker, 1993; Burman, 1994; Fischer, 2000; Shields, 1999; Scott, 1990)

2- EXPRESIVIDAD EMOCIONAL VERSUS INTENSIDAD

Los grupos más innovadores abordan la temática desde las representaciones, creencias, emociones y desde los estereotipos de género con la finalidad de abrir nuevas áreas de investigación que incluyan una mejor demarcación de la complejidad en la cual los estereotipos específicos operan en la conducta de las personas. Para ello recurrieron a postulados teóricos más abarcativos que los anteriores incorporando otras variables y categorías de análisis (Fischer, 1993, Robinson, Johnson y Shields, 1998). Entre ellos merecen destacarse los estudios pioneros realizados por Gilligan, 1977, 1982, 1984, 1986; Attanucci, 1988; Lyons, 1983; Pollak, 1986; Ward, 1986; Wiggins, 1987; Willard, 1985; Langdade, 1980, 1983, en la Universidad de Harvard que abrieron una nueva mirada sobre las teorías del desarrollo psicológico y el género.

En trabajos más recientes Shields (1998) sugiere que el primer paso para el avance de la teoría se centra en la evaluación de los estereotipos culturales y en la necesidad de partir de algunos supuestos que contribuyan a ampliar la comprensión de la relación entre género y emoción. Para ello sostiene la conveniencia de incluir en el análisis: el contexto- la situación interpersonal, cultural, histórica y política- como encuadre de interpretación de las emociones y del género; destacar la importancia de la interacción interpersonal para dar cuenta de las emociones; determinar cómo las metas interaccionales producen y mantienen las diferencias de género en la expresión emocional; considerar el discurso ideológico del poder como una variable explicativa de las diferencias (Fischer, 2000; Burman;1994; Walkerdine, 1990; Parker, 1993; Henriquez, 1984).

Propone como interrogante de investigación describir en qué situaciones el género cuenta y determinar si existen diferencias qué las guía y qué las causa. Sugiere un cambio análogo al realizado por la psicología del desarrollo emocional al incluir la variable social para la comprensión más abarcativa de su complejidad (Saarni, 1989). Se trata de correr la discusión mas allá del “inventario” de las diferencias de género no sólo para avanzar en la teoría sino para alcanzar una profunda reflexión que incluya, en el estudio de la intersección entre género y emoción, cuestiones tales como las variables de raza, etnicidad, periodo histórico, cultura y clase social. La perspectiva que se adopta es la de aportar conocimientos construidos en el marco de unas prácticas sociales concretas (Brody, 1985, 1992, LaFrance y Banaji, 1992, Brody y Hall,1993;Manstead, 1992; Brody, 1985, 1992, LaFrance y Banaji, 1992, Brody y Hall,1993)Manstead, 1992; Burman, 1994).

Como lo registran numerosos investigadores es importante distinguir dos dimensiones fundamentales que operan en el estereotipo género-emoción: la interna, como experiencia subjetiva de la emoción y la externa, como manifestación visible de la emoción. Por ejemplo, Fabes y Martin (1991) encontraron que si bien se percibe a las mujeres como más expresivas emocionalmente que los hombres cuando se evalúa la percepción de la experiencia emocional de cada uno se registran escasas diferencias entre ellos. De modo similar Johnson y Shulman (1988) constataron que los hombres y las mujeres creen que difieren más en la manifestación emocional externa que en la intensidad de la experiencia subjetiva. Consideran que la misma situación suscita

similares sentimientos en cada uno pero lo expresan de modo diferente. Por ejemplo ambos relatan sentirse tristes cuando algo malo pasa y sentirse felices cuando algo bueno sucede, las diferencias se hacen evidentes en *la expresividad no en la experiencia emocional* (Kring y Gordon, 1998; Lanzetta, Cartwright-Smith y Klek, 1976).

Si bien queda claro que la mayoría de los estudios constatan que las mujeres se expresan más emocionalmente que los hombres ello no quiere decir que tales diferencias se correspondan necesariamente con sus propias percepciones sobre la experiencia emocional (Ashmore, 1990; Brody y Hall, 2000; Fischer, 2000; LaFrance y Banaji, 1992).

En consecuencia es razonable hipotetizar que la dimensión externa- la expresión emocional- más que la interna- la experiencia emocional - puede ser un área en la cual hombres y mujeres difieran. Aunque cabe señalar que la consistencia en los hallazgos de diferencias de género registradas en el análisis de la literatura sobre el estereotipo emocional está basada más en supuestos sobre la expresión emocional manifiesta que en las creencias acerca de la experiencia subjetiva.

Con respecto a las consecuencias sociales de los estereotipos de género- emoción Shields y Geer (1996) detectaron que cuando la mujer enfrenta un evento se encuentra ante una situación en la cual cualquiera sea la emoción que exprese las consecuencias siempre son cuestionadas (double-bind), por no ser consistente con el estereotipo de género. Por un lado se le considera en forma negativa por su “emocionalidad” y por el otro si no respondiera ‘emocionalmente” o lo hiciera de modo más “distante” - contradiciendo lo que se espera de ella- también la evaluación sería negativa. Lo mismo se observa en situaciones de crianza donde la expectativa con respecto a la manifestación emocional de los padres es casi opuesta a la que se espera para las madres. Mientras se justifica que los hombres mantengan cierta” distancia emocional “ como indicador de objetividad, a la mujer se le cuestiona la falta de expresión emocional considerada necesaria como facilitadora del aprendizaje socio-emocional de los hijos.

En una investigación más reciente las autoras Kelly y Hutson-Comeaux (2000) estudiaron la hipótesis “double-bind” solicitándole a los participantes que evaluaran la pertinencia social de las manifestaciones de exageración o de indiferencia en eventos de felicidad, de tristeza y de enojo en los hombres y en las mujeres. Encontraron que tanto la exageración como la indiferencia en las expresiones emocionales de las mujeres eran consideradas como menos apropiadas que cuando las mismas eran atribuidas a los hombres. En contraste con los hallazgos en los casos de felicidad y constatando una situación de “double- bind” para los hombres detectaron que en situaciones de enojo las reacciones masculinas eran evaluadas como menos apropiada en los hombres que en las mujeres. Ello prueba que la hipótesis es válida para ambos particularmente en contextos interpersonales.

Otro estudio muy interesante y original es el realizado por Liljestrom, Roulston y de Marrais (2002) en el contexto escolar en el cual exploran de modo cualitativo cómo experimentan las docentes la emoción de enojo (una emoción poco estudiada en la mujer). Encontraron que los estereotipos de género ligados a la profesión docente (ética de cuidado) conducen a inhibir la expresión de enojo o de otras emociones negativas y

que las docentes “aprenden” a controlar la ira como una demostración de profesionalismo restringiendo su repertorio emocional y experimentando culpa, vergüenza y frustración si no lo logran.

En un extenso estudio realizado en 25 países en el que se recolectaron los datos a través de auto-informes verificaron que las mujeres se expresan emocionalmente de modo más intenso y variado que los hombres (Pennebaker, Rime y Blankenship, 1996). Similares resultados se obtuvieron con la administración de escalas de evaluación en las cuales las mujeres manifestaron más intensidad que los hombres (Barrett et al., 1998). Asimismo cuando se evalúan emociones específicas por intermedio de escalas ellas refieren más miedos que los varones así como más tristeza, vergüenza y culpa (Brody, 1985; Grossman y Wood, 1993; Tagney, 1990). Sin embargo esas diferencias no se verificaron cuando se utilizaban otros instrumentos tales como solicitar un registro diario de emociones que suscitaban ciertas situaciones o entrevistas realizadas inmediatamente después de una experiencia emocional determinada (Seidlitz y Diener, 1998).

Los autores argumentan que los distintos patrones de resultados pueden deberse a diferentes causas. Por un lado se conjetura que las mujeres recuerdan los eventos emocionales con mucho más detalle que los hombres, aunque de forma inmediata a la situación ambos informan de sus emociones de modo similar pasado un tiempo las mujeres tienen una representación más intensa de la experiencia emocional en su memoria. Una segunda suposición es que después de un evento emocional las mujeres suelen reflexionar sobre lo ocurrido y ello implica revivir la situación y quizás recordar con más detalle (Brody, 1999). Por otro lado cuando se aplican escalas de medición de intensidad se confunden las diferencias entre la expresión emocional y la experiencia emocional. Por último, los auto-informes de sucesos ocurridos reflejan estereotipos de género como resultado de características inherentes a la confección de los cuestionarios en los que se atribuyen emociones de forma implícita y, como consecuencia, los participantes tienden a ocultar o magnificar sus expresiones emocionales como una forma de responder al estereotipo género-emoción consistente.

3- UNA MIRADA CRÍTICA

Las formas como se transmiten las emociones y sentimientos adquieren expresiones distintas en hombres y mujeres; es ingenuo creer en la neutralidad e imparcialidad del discurso. Las mismas palabras transmiten significados diferentes en tanto habla de los hombres o de las mujeres.

En la construcción sociocultural de género aprendemos a comunicar de formas distintas lo que sentimos y pensamos. Lo que pensamos debe entrar en el marco de lo racional que será lo que lo validará socialmente; mientras que las expresiones referidas a los sentimientos y emociones suelen quedar relegadas y subvaloradas. Es así porque desde esta mirada, la subjetividad, el contenido emocional de lo expresado, se aprecia como minimizante de su objetividad social.

Las representaciones sobre las diferencias en la expresividad emocional entre hombres y mujeres con frecuencia funcionan como una pantalla de proyección en la que se inscriben las fantasías sobre la naturaleza y su relación con la sociedad. A modo de

estereotipos se utilizan supuestos evolutivos para relacionar lo biológico con lo social proporcionando un terreno cultural en el que las ideas evolucionistas y biologicistas son repetidas y legitimadas en desmedro de las diferencias de clase, de género y de raza.

El movimiento crítico dentro de la psicología representado principalmente por los autores Henríquez *et al.*(1984), Parker y Shoter (1990), Burman (1994) y Walkerdine (1984) sostiene que en la psicología moderna las investigaciones se han caracterizado por la omisión de la categoría de género como una dimensión estructuradora del desarrollo y por el vasto y rutinario sometimiento de las mujeres a través de los “discursos” científicos que producen los objetos y los sujetos de investigación cuando eligen sus unidades de análisis y metodologías de abordaje. Institucionalizó la antigua escisión entre la emoción y la racionalidad representada en la práctica de la división sexual por parte de la investigación científica. La psicología participa y transmite las representaciones sociales y culturales sobre los orígenes y la naturaleza de la expresividad emocional esperada para los hombres y para las mujeres.

El término “discurso”, desde esta mirada, se refiere a los sistemas socialmente organizados de significados que definen las categorías y especifican los dominios de lo que se puede decir o hacer y ello tiene un gran impacto en la vida cotidiana y en los modos de pensar sobre nosotros mismos. Por consiguiente el poder de los discursos funciona en la determinación de las condiciones de las cuestiones a investigar y en la estructuración selectiva de los “datos”.

Cabe señalar que no aún está claro si la atribución emocional está ligada al sexo y a la herencia o si son el resultado de convenciones históricas o culturales. No son nociones en absoluto ni tan estables ni homogéneas como se ha asumido. Lo que sí queda claro que los discursos hegemónicos sobre lo femenino y lo masculino y sus atribuciones emocionales influyen de una manera fundamental en la estructuración de la subjetividad y está repleta de significados sociales y políticos.

Actualmente se aprecia un creciente reconocimiento de que detrás de una investigación objetiva, imparcial y desinteresada subyacen unas características interpretativas y subjetivas que, como en el caso del material reprimido, ejercen sus influencias de un modo del que no tenemos conciencia (Burman, 1994).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * Adams, S., Kuebli, J., Boyle, P., y Fivush, R. (1995). Gender differences in parent-child conversations about past emotions: A longitudinal investigation. *Sex Roles*, 33, 309-323.
- * Barret, L. (1998). Are women the over emotional sex? Evidence from emotional experiences in social context. *Cognition and Emotion*, 12, 555-578.
- * Benhabib, S. (1990).” El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista. *Teoría feminista, Teoría crítica.*” Valencia: Alfons el Magnànim.
- * Brainerd, y B. Tversky (Eds.), *Memory for everyday and emotional events* (239-266). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

- * Brody, L. R., y Hall, J. A. (1993). Gender and emotion. In M. Lewis y J. M. Haviland (Eds.), *Handbook of emotions* (447-460). New York: Guilford Press.
- * Brody, L. R.(1999). The socialization of gender differences in emotional expression. En Fisher (Eds.), *Gender and Emotion*. Cambridge University Press.
- * Buckner, J., y Fivush, R. (1998). Gender and self in children's autobiographical narratives. *Applied Cognitive Psychology*, 12, 455-473.
- * Buntaine, R. Y Costenbader, V.(1997). Differences between males y females with regard to the emotion of anger. *Sex Rol*, 56-211-219.
- * Burin, M., Meler, I. (2000): "Género: una herramienta para el estudio de la subjetividad masculina". En: *Varones: Género y Subjetividad Masculina*. Buenos Aires. Paidós.
- * Burman, E., (1994): *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor, 1998.
- * Caffarella, R.,(1992): " Psychosocial development of women". Iinformation series nº350, en ERIC DE354386 92.
- * Chodorow, N.,(1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- * Condry, J., y Condry, S. (1976). Sex differences: A study of the eye of the beholder. *Child Development*, 47, 812-819.
- * Fabes, R.A., y Eisenberg, N., (1992). " Young children's coping with interpersonal anger". *Child Development*, 63(1), 116-128.
- * Fabes, R. A., & Martin, C. L. (1991). Gender and age stereotypes of emotionality. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 17, 532-540.
- * Fischer, A.(2000)*Gender and Emotions: Social psychological perspectives* Cambridge University Press.
- *Fivush, R. (1989). Exploring sex differences in the emotional content of mother-child talk about the past. *Sex Roles*, 20, 675-691.
- *Fivush, R. (1991a). Gender and emotion in mother-child conversations about the past. *Journal of Narrative and Life History*, 1, 325-341.
- *Fivush, R., y Buckner, J. (2000). Gender, sadness and depression: The development of emotional focus through gendered discourse. In A. H. Fischer (Ed.), *Gender and emotion: Social psychological perspectives* (232-253). New York: Cambridge University Press.
- *Gilligan, C.; Ward, J., McLean Taylor (Edits.)(1988). *Mapping the moral domain*. Cambridge, Mass. Harvard University Press, ninth printing, 1999.
- * Gilligan, C. (1982). In a different voice: Psychological theory and women's development. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- * Grossman, M. y Wood, W.(1993) Sex differences in intensity of emotional experience. *Journal of personality y social psychology*, 65, 1010-1022
- * Hierro, G., "Género y educación", La Ventana, Revista de Estudios de Género, núm. 2, diciembre de 1995, editada por el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.

- * Hutson-Comeaux,S. Y Kelly,J.(2002). Gender stereotypes of emotional reactions: how we judge a emotion as valid?. *Sex Roles*, 47-1-10.
- *Kuebli, J., Butler, S.,y Fivush, R., (1995). Mother-child talk about past events: Relations of maternal language and child gender over time. *Cognition and Emotion*, 9, 265-293.
- *Lamas, Marta.(1995) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", en: La Ventana, revista de estudios de género, 1. Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.
- *LeFrance,M. y Banaji,M.(1992) Towards a reconsideration of gender and emotions's relationship. En Hutson-Comeaux,S. Y Kelly,J.(2002). Gender stereotypes of emotional reactions: how we judge a emotion as valid?. *Sex Roles*, 47-1-10.
- * Liljestrom,A., Roulston, K., y de Marrais,K. (2002). "There's no place for feeling this in the workplace: Women teachers's anger in schooll settings".Department of Educational Psychology, University of Georgia. (Base de datos disponible on-line)
- *Lutz, C., y White, G. M. (1986). The anthropology of emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15, 405-436.
- *Malatesta, C. Z., Culver, C., Tesman, J. R.,y Shepard, B. (1989). The development of emotional expression during the first two years of life. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- *Maccoby, E. E. y Jacklin, C. N. (1974).The Psychology of Sex Differences. Stanford University Press. Stanford, CA.
- * Mestre Escrivá, Samper García y Martí Vilar (1998). La psicología actual desde la perspectiva de género. Un análisis de la literatura a través del *Psychological Abstracts*. Iber Psicología, 1998:3.1.4.
- * Molina Petit, C.(1992). Lo femenino como metáfora en la realidad posmoderna y su (escasa) utilidad para la teoría feminista. ISEGORÍA 6:129-152. Instituto de Filosofía-Anthropos, Barcelona.
- * Pennebaker, J.,Rime,B. y Blankenship (1996). Stereotypes of emotional expressiveness of Northernes and Southernes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 372-380
- *Piret, R. (1965).Psychologie Différentielle des Sexes. Presses Universitaires de France. En Hutson-Comeaux,S. y Kelly,J.(2002). Gender stereotypes of emotional reactions: how we judge a emotion as valid. *Sex Roles*, 67-234-245
- *Saarni, C., Mumme,D. y Campos, J.(1998). Emotional Development. En Eisenberg (Ed.)*Social, emotional and personality development*.V.3,237-311.
- * Scott, Joan. "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en: James, Amelany y Nash. *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Ediciones Alfons el Magnanim, 1990.
- *Seidllitz, L. Y Dieneer, E.(1998). Sex differences in the recall of effective experiences. *Journal of Personality y Social Psychology*, 74, 262-271
- *Shields, S.(2000). Culture, gender and emotional beliefs. En Fischer, A.*Gender and Emotions*.Cambridge University Press.
- * Urwin, C. ; Henriquez, J.; Hollway, W.; Couze, y.; Walkerdine,V. (1984). *Changing the subject*. capítulos 4 y 6 (Urwin y Walkerdine). London y New York: Routledge.1998
- * Warks, J., Gillian, E. (1996):" Gender y dilemma differences in real life moral judgment"
Developmental psychology. 32,220-230
(on line <http://www.hope.edu/academic/psychology/335/wepreb/moraldev.html>)

* Willard, A. (1985). "Cultural scripts for mothering". En: Gilligan, C. (1988). *Mapping the moral domain*. Harvard University Press.